

arrastrado por el lodo sus banderas de Circo, despanzurrado sus tambores y apedreado sus insignias. Bien ¿por qué? Convengo en que esa promiscuidad de entusiasmos súbitos de hombres y mujeres en favor de la regeneración social, y la forma que toman, se presta á la explotación de unos muchos por unos cuantos. ¡Vaya una novedad! Casi, casi pudiera decirse que esta es la forma de toda organización social, y el Siglo que ha inventado las sociedades anónimas, no puede arrojar la primera piedra. Yo me siento desarmado ante la tenacidad de estas valientes prédicas contra la borrachera y la prostitución. . . .

En un café de gente *non sancta* en Chicago se presenta una muchacha bonita, una antigua hetaíra; risas generales, curiosidad unánime; la muchacha sube tranquilamente á una mesa, toca en su violín una sonata tierna de esas que conmueven mucho á los sajones: murmullos; la muchacha en seguida cuenta su historia (la historia de Magdalena), é invita, con la voz impregnada de sollozos, á sus antiguas compañeras á hacer lo mismo que ella: silencio general.

A eso me resigno ante esta asociación ya enorme y rica y tolerada, ya no silbada, ya no lapidada, al silencio. ¡Ay! el silencio; pensar en el silencio teniendo en perspectiva cinco días de ferrocarril continuo, es un horrible suplicio.



LA POSTRER JORNADA

No había más remedio; yo he sido siempre hombre muy formal, hasta cuando fuí poeta—sabido es que en los poetas la informalidad es profesional,—y á fuer de formal tenía que cumplir mi compromiso de abrir un período de exámenes de historia el día cuatro de Noviembre, y el día cuatro de Noviembre debía estar y estuve en México; me fué sensible arrastrar en pos mía á mi inmejorable compañero de viaje, y dejar de visitar *Pullman City*, ciudad-fábrica que deseaba ver desde que el excelente Doctor Licéaga me hizo una pintura admirativa de ella, á la vuelta de su primer viaje á estas comarcas en compañía del General Díaz y su familia.

No había remedio; nos despedimos del amabilísimo Felipe Berriozábal que nos había acompañado de una estación á otra, dentro de Chicago misma, y adelante. Entré valientemente en mi camarote con ánimo de dormir; pero como no se duerme con el ánimo (¿con qué se duerme?) me entregué á la contemplación del paisaje que resultaba pensado más bien que mirado, gracias á una luna pudorosamente arrebujada en los primeros celajes

del invierno. Y la tela sin fin que se desarrollaba ante mis cristales era tan igual, tan igual, tan igual, que acabó por hipnotizarme; praderas sin término, como que el Illinois ha sido llamado el Estado Pradera.

¿Praderas sembradas? ¿cultivadas? Supongo que sí; á veces pasábamos un puente, de improviso cruzábamos un charco, laguneta ó cosa semejante, sobre grandes estacas; acá y allá parecía que la luna había dejado caer un trozo de su cristal al suelo: era nieve congelada desde el día anterior. Grupos de farolas eléctricas manchaban de luz la bruma, y, con la rapidez de nuestra carrera, las veíamos formar ruedas en movimiento, girándulas fantásticas de brillo lastimador. Esta llanada inmensa del Illinois con su cintura de lagos y de ríos, es un granero inagotable en el suelo y un hullero inacabable en el sub-suelo; el territorio de los Estados Unidos, me decía yo casi durmiendo, podía representarse por una serie de billetes de lotería premiados con el premio gordo

*

Desperté corriendo en línea recta hacia el Missouri, rumbo á Kansas City; lo que había entrevisto en la noche, lo veía ahora y seguía no divirtiéndome. Aquel paisaje succulento, me parecía una enorme foja de expediente de estadística, hecho más bien con datos que con colores, un paisaje de economía política, en fin. Sólo Bulnes con su prodigiosa fantasía ha podido encontrar el modo de hacer pintoresca la estadística y fingir policromías orientales con columnas de guarismos; en cambio, un poeta *de fond en comble*, Luis Urbina, hace años que se bate con las sumas de la septima sección del ministerio de Hacienda, sin poder hallarles consonante. Estos gravísimos pensamientos me traían, por fáciles asociaciones de ideas, el recuerdo de la Patria.

El Señor Romero había tenido la bondad de enviarme periódicos de México que aún no leía yo Lo hice con cierta emoción. ¿Y cómo no? En uno de ellos me encontré un discurso de un mi antiquísimo amigo, en que me retrataba, digiriendo mi

suelo de flamante magistrado á orillas del Niágara Por más que esté uno acostumbrado á estos afectuosos recuerdos de los amigos, aquel me trajo las lágrimas á los ojos.

Pasamos el Missouri; á nuestra vista, un poco lejos, brillaba Kansas City, una ciudad doble que está parte sobre el Missouri y parte sobre el Kansas; que nació ayer y nació de golpe con sus edificios, sus fábricas, sus tranvías, sus *rastros* que rivalizan con los de Chicago, etc. ¿Quereis, lectores, que os la describa? Nada más fácil; aquí á mano tengo una buena descripción hecha por un viajero, y *Kansas City* es muy conocida por los *turistas* mexicanos. Pero yo no la ví sino de paso: *Kansas City*, nos dijo el negro que nos servía en el carro-comedor ¡Ah! Hasta luego, repusimos, y seguimos comiendo. De esta prosaica manera pasamos por el centro geográfico de los Estados Unidos, por el ombligo de la Federación, como habría dicho Esquilo.

*

Un amigo mío decía que percibía el movimiento de rotación de la Tierra, y que eso lo tenía neurasténico (no se decía así cuando vivía mi amigo, pero esto me quería decir) y cansado de la vida; ya lo creo; me figuro su tormento, pensando en el suplicio mío. Tengo á la vista un paisaje que no dice nada, un cielo de acuarela de principiante y una luz cualquiera, una luz chillona y dominguera sin carácter, sin estilo, sin chiste, y vamos corriendo, corriendo, corriendo por este desierto sin dignidad y sin gracia y hasta sin melancolía; y así, inmóviles y moviéndonos furiosamente á la vez, sentimos que el fastidio nos lleva al idiotismo; quisiéramos parar, quisiéramos correr por nosotros mismos, digámoslo así; quisiéramos no asistir á este implacable desmenuzamiento de nuestra personalidad en el espacio, en la distancia.

El tren seguía devorando millas, mascándolas con sus enormes mandíbulas de fierro, cuyo chocar perpetuo nos dilaceraba los nervios, y digiriéndolas y excretándolas instantáneamente

en forma de solitaria sin fin dobladillada de acero. Por el día, casi blasfemando decía yo: ¿nos pararemos, con mil diablos? Y por la noche, cuando volvía á la conciencia de mí mismo, después de algunos momentos de entresueño, clamaba: ¿nos pararemos Dios mío? Y era la voz que clamaba en el desierto.

Cuando amaneció *el día de muertos*, la forma de los celajes indicaba la proximidad de las montañas; allí estaban efectivamente, y si hubiera tenido humor de ver algo, las habría percibido desde que pasamos el Arkansas y llegamos á *las Vegas*, en Nuevo México. Yo no cambio las montañas por la mar; pero cuando no hay mar, ¡oh! dioses, montañas, sí, montañas, no un mar de tierra! Las Rocallosas cortaban con sus perfiles extraños el horizonte á nuestra derecha; el río Pecos y el Río Grande (Bravo) bañan unas zonas exiguas de estas áridas comarcas; entramos de nuevo en el país de la sed. ¿Pero cómo vinieron aquí los habitantes de los grandes *pueblos*, grandes como ciudades, que han dejado tantas monótonas y tristes y curiosas ruinas en este cuadrilátero neo-mexicano? ¿Cómo creció y se multiplicó aquí, entre la civilización rudimentaria de los *mount-builders* y la civilización plena de los *nahoas* de nuestra Mesa Central, este hacinamiento de grupos sedentarios y agrícolas que ha dejado regada con los vestigios de su alfarería la área enorme de Utah, de Arizona, de Nuevo México? ¿Será cierto que el blanco trajo aquí la sed con la tala implacable del bosque; la sed y la muerte? Sí, esto parece el cementerio de las razas. Allí arriba, en las oquedades de las sierras que nos acompañan en procesión fantasmagórica, están los depósitos de agua, *las tinajas*, y acá abajo está la admirable tierra acarreada por los torrentes pluviales de las montañas desnudas ya, y que debe de ser asombrosamente fértil, que lo es en cuanto, como en *las Vegas*, la toca el agua. Ya el *yankee* emprendedor puso su ojo y su espíritu frente al problema de la irrigación de esta comarca; ya puso la mano y el *dollar* en la solución del problema, lo que quiere decir que será resuelto indefectiblemente, aquí primero y en México después.

Para mi compañero y para mí, él de estómago exigente y de exigente paladar yo, el problema consistía en huír de las fondas en donde, en un mismo plato, se comen diez indefinibles manjares de esos que provocan, en los comienzos mismos de una encrespada digestión, esta pregunta: ¿qué fué lo que comimos? Pero para realizar esta fuga, era preciso ¡ay! caer en la cocina de carne y de legumbres conservadas del *buffet* de los carros dormitorios, si sabrosa al paladar, fatal al estómago y mortal al bolsillo. Pero no había remedio, por ello nos decidimos; por ocho ó diez pesos mexicanos tomamos un plato de *corned beef*, otro de *Boston-beans* con tocino, unos espárragos y una botella de Zinfandel de California, de sabor ligeramente farmacópico.

*

Al mediar el día llegamos al *Paso*; el Bravo nos pareció un poco menos manso aquí que en *Eagle-Pass* á nuestra salida de la República, hacía más de un mes. Nuestro viaje había concluído; el territorio que íbamos á pisar, vasto, despoblado, inculdo en su mayor extensión, ejercía sobre nosotros una fascinación extraña, completamente subjetiva, pero absolutamente dominadora; nos parecía que allí, en la orilla derecha de este río que completa los límites geodésicos que estos fuertes nos impusieron en 48, estaba reconcentrada en un puñado de tierra toda la República nuestra, toda la Patria nuestra aún. Y un latido de emoción, y un conato de lágrimas nos invadió instantáneamente; en silencio tomamos nuestras maletas, y con ansiedad singular, como si hubiésemos estado ausentes cien años, entramos en el wagón que nos condujo á lo largo de un hermoso puente, desde la aduana del Paso Texas á la del Paso Juárez. Cosa extraña, venía yo del país de la libertad y me parecía que la recobraba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo de que me separaban cincuenta metros ya en aquel instante, me había hecho en el espíritu el efecto que diez arrobas de acero sobre el pecho.

Bajamos del wagón frente á la aduana mexicana, y caí en los brazos de Javier Osorno, tan feo como yo, pero ¡tan correcto, tan elegante, tan *último corte* en el traje y tan bien barnizado en la piel de Rusia del borceguí rojizo como bien tendido en la piel de Suecia de los guantes *marrón* abotonados de oro! ¡Me dió un gusto verlo! Y al gordo y simpático Bauche, administrador de la Aduana, y al bizarro Marcelo León con su cara de último Abencerraje, y su noble corazón de amigo y de papá. ¡Oh! qué placer encontrarse de buenas á primeras con tanta buena gente, y tan amable, tan franca, de idioma tan dulce como las uvas de miel de los viñedos cercanos! Me despedí con tristeza de estos viejos amigos, y á las cinco de la tarde emprendimos el camino de México, reingresando en los Estados Unidos, que allí estaban bajo las especies del eterno *Pullman-car*, á través del Imperio Chino, en forma de cocineros chinos y de manjares que merecen serlo.

Blindémonos, pues, de paciencia y de sueño

¿Y contra el polvo, qué blindaje hay? Hay uno; leo en este instante que un señor Green, hijo de la famosa archimillonaria Hetty Green, ha inventado el modo de colocar en las ventanillas de los wagones dos hojas de tela metálica finísima, entre las que hace pasar una corriente de agua vaporizada por un ventilador, y ¡adiós calor! y ¡adiós polvo! Sí, pero ¿cuándo se aplicará á los wagones mexicanos esta invención bendita? La noche aplacó el polvo y nos aplacó los nervios.

*

¿En dónde diablos encuentran mis jóvenes amigos los simbolistas, delicadísimos artistas que tienen la espeluzante manía de escandalizarnos á los románticos viejos y á los viejos académicos, con giros, conceptos y vocablos, que en el fondo son inofensivos, convengo en ello, pero que de pronto atemorizan como ojos de gato vistos en la sombra; en dónde, digo, suelen hallar esas metáforas tan voluptuosas, tan tristes, de contornos imprecisos, esfumados por el ensueño, que les sirven para traducir la sensación de la noche? De molde me vendría ahora una de esas

metáforas; mas no de las que expresan el afán de infinito y de vuelo que fluye de las noches trágicas, en que el relámpago revela la pasmosa cantidad de luz latente en la sombra; no tampoco de esas que parecen compuestas de tiniebla, de abismo y de anhelo doloroso de más allá, ni de esas que producen algo así como la fugaz intuición del Universo y que nos hacen adivinar que las constelaciones son hieroglifos sin clave, por desventura. No, nada de esto: quisiera una figura, un tropo que trasladara á la palabra, por comparación, la misteriosa impresión de paz sepulcral que derrama desde su globo deslustrado esta divina veladora de la noche y que expresara cómo nos sustrae de lo material y de lo que pasa, la claridad de la luna, lentamente trasvasada al alma, mientras su resplandor frío parece congelar las estrellas y apagarlas luego en lentas agonías.

El tren había anclado en pleno desierto á las nueve de la noche, con la locomotiva rota; antes de dos ó tres horas no llegaría la que se había pedido al Paso. Aprovechando la forzosa inmovilidad de los carros, los pasajeros se habían dedicado á dormir, aunque no á pierna suelta, cosa que ni ese Puck que se firma Micrós, lograría en un *sleeping-car*.

Uno de los conductores y yo nos echamos á andar vía adelante, pisando (sin retruécano) las cabezas de los durmientes. A quinientos metros el tren me parecía uno de esos colosales cetáceos de los mares geológicos, varado en las playas del tiempo, que nos seguía con su ojo de llama en aquellas soledades amortajadas por la luna.

Mi compañero, que parlaba sin miedo y sin descanso un español capaz de sacar callos, por erizado de guijarros, sintió la influencia enmudecedora de la noche, y, respetando mi silencio, me hizo el obsequio del suyo; la verdad es que daba miedo interrumpir el de la inmensidad. Habíamos andado dos kilómetros, nos detuvimos; mi compañero colocó su linterna en el suelo y nos sentamos sobre unos troncos medio carbonizados, restos de una antiquísima fogata de campamento ferroviario. Delicioso momento psicológico; sentía que la conciencia difundida en to-

do mi ser, se reducía, como el dolor bajo la influencia de la morfina, á un solo punto casi imperceptible; mi *yo* descansaba en la invisible punta de aguja del átomo y parecía que iba á reabsorberse en el Todo. Y el campo que la conciencia abandonaba, lo ocupaba no sé qué fuerza ó qué energía esparcida en el Cosmos; sentía que eso que se llama la naturaleza, la vida universal, compuesta de indefinido número de muertes parciales, se enseñoreaba de mí. Y esta lucubración no será correcta en Epsicología (¡oh! cruel Academia) y temo el seño fruncido de mi sabio Ezequiel; pero ¡qué fruición deliciosa! Por desgracia esta catalepsia del espíritu, esta iniciación en los supremos goces del Nirvana, es fugaz; la imaginación, que sigue automáticamente su trabajo de combinar en nuestro espíritu nuevas y viejas placas fotográficas, excita de nuevo la actividad de nuestro *yo* casi perdido, y lo hace reentrar en el torbellino de las impresiones y de las ideas. ¡Oh! la imaginación, la loca de la casa.

*

Por aquí, trepando por esta rampa de centenares de leguas que sube majestuosamente á las *Mesas* mexicanas, ó serpeando por las cordilleras que forman sus bordes titánicos, han marchado sin cesar las razas aborígenes hasta que quedaron comprimidas, y velozmente ahogadas ó lentamente atrofiadas, por las dos corrientes de las razas blancas. Unas no renunciaron jamás al movimiento, es decir, á la libertad, y del Chichimeca al Piel Roja, han ido y venido estrellándose en las ciudades que la religión creó para los sedentarios en torno de los teocalis sagrados. Otros. . .

No, mis lectores se dormirán sobre estas hojas postreras con otro motivo, no con el de que les haya traídoramente deslizado una meditación histórica para *cerrar con broche de oro*, como se dice en literatura de brindis, este viaje. Pero sí me perdonarán (ó no me perdonarán, es lo mismo) que yo acabe por dos minutos de examen de conciencia. Así deben acabar todas las jornadas de que la vida se compone, según Pitágoras, Séneca,

Marco-Aurelio y San Agustín,—verifíquense las citas.—¿Qué he sacado de mi viaje á los Estados Unidos? Poco, nada. ¿Supe ver? Apenas. ¿Supe mirar? ¡Tampoco! ¿Supe discernir? No pude. ¿Qué me queda? ¿Cómo me explicaré? Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una especie de visión apocalíptica, una serie de fragmentos de una espiral de fierro, cuyas vueltas ocúltanse en las brumas del horizonte y cuyos extremos se pierden, arriba en la irradiación del cielo, y abajo en la noche del infierno. . . . Por esos fragmentos de tramos corre la gente sin cesar, sin cesar, *go a head, go a head*. . . .

No; vengamos del Apocalipsis á la Tierra; si yo pudiera personificar á este pueblo, del modo que me lo figuro siempre, lo pintaría en forma de atleta, de púgil, listo para romper los huesos de los Corbett ó Fitzsimons que se le pongan delante. ¡Vamos á ver! Helo aquí plantado. Hagamos como las *misses* de New-York ó de Boston, que, siguiendo el ejemplo de la riquísima Mrs. Jack Gardner de Boston, la amiga de Paul Bourget, se entregan á una *personal examination* de los músculos de los boxeadores. Este es admirablemente desarrollado: cuello, brazos, piernas, torso y dorso, protuberantes de músculos duros, se amontonan bajo la turgencia de la piel blanca, enrojecida por las duchas frías y dorada por el sol. ¿Y la cabeza? Desarrollada por la voluntad. ¿Y el rostro? Armado de ojos duros y de mandíbulas de fierro por el apetito insaciado. La vida mental y la alimentación *à outrance* enfermarán del estómago á este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios. Ved los pródromos: una democracia que aspira á la gloria militar y caerá en el cesarismo; una democracia facticia que está dominada por una plutocracia de cuatro mil millonarios, que la tiene á sus pies y de quien, sumisa ó rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios. . . . Y las mujeres deseando ser hombres para luchar también por la vida, es de-

cir, por el lujo y el comfort, y corriendo al través del matrimonio y del divorcio como en un *steeple-chase*, para conseguir una felicidad sin reposo, sin hogar, sin alma. . . .

Todos estos pesimismo me vienen de los libros que he leído sobre la sociedad americana, son *librescos*; yo no ví bien, entreví un gran pueblo. . . . y adquirí una convicción, que la libertad es un aire respirable.

*

Una horda, no de chichimecas, sino de coyotes que ululaban como hienas, nos hizo volver de prisa al tren, y media hora después, el tren volaba, recuperando el tiempo perdido. Adios, pués, ¡oh! tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; naciste ayer y has crecido en una hora; brotan tus ciudades en los pantanos, en los desiertos, en los bosques, como pasmosos hongos de hierro. Me voy á la tierra de las horribles chozas de adobe, de las casas bajas, *banales* y sin comfort; á la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas; de la temperatura enervante y dulce, del cielo tramado de luz. Esa tierra á donde voy me gusta más; pobres, pequeños é inactivos, los pueblos á que pertenezco se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; á hormigear indefinidamente en torno de migajas, hemos preferido cantar al sol como las cigarras de la fábula. ¡Bah! séamoslo siempre, cantemos siempre, puesto que todo es ilusión.

Sólo el amor es cierto, con su divina certeza de un minuto. Mañana borraré con mis besos las lágrimas de los rubios que me aguardan en mi hogar, y cambio feliz los millares de sensaciones que he resentido en mi rápido viaje, por la emoción de mañana.



ÍNDICE

	PÁGS.
De Buenavista al Bravo.	7
Del Bravo al Mississippi	19
New-Orleans	27
Á New-York por Atlanta.	39
La Ciudad Imperio	51
In excelsis	63
Por abajo	75
La vita buona	87
De paseo-Bowery	99
Colón-Cervantes	111
Washington	121
El Capitolio.—Paseando	131
Por Baltimore	141
Arte.	151
Arte.—¿Arte?	161
Niágara.	171
De Niágara á Chicago	181
Carne	191
Ruinas.	199
La postrer jornada	207